



CESAR CONTO

Rompió la sombría desfilada de los proscriptos muertos, de aquellos mártires que fueron sembrando con sus huesos el suelo americano, restos queridos que el viento de la desgracia arrojó sobre extrañas playas en el naufragio espantoso de las libertades colombianas.

Cayó de los primeros, cumpliendo la sentencia del poeta :

Fiel á ese pueblo mártir de la Historia
Muere, si hay que morir, cara al tirano.

Y así murió él.

No le cupo en suerte caer en la batalla ruda entre la selva agreste, como Hernández ó Bernal; en la brecha abierta sobre la muralla dura, como el insigne Cabezas; atravesado el corazón en la trinchera enemiga, como el sabio Lleras; en el patíbulo afrentoso, como Prestán inocente; devoradas las entrañas por el veneno asesino, como Ricardo Gaítan Obeso; al pie de la tribuna rota, como Felipe Pérez.... Tocóle morir proscrito y triste, lejos de la patria, nostálgico y vencido.

¡Sombra melancólica y augusta! Hoy no es una bandera, es ya un símbolo. ¡Salud al lidiador!

*
**

Los trágicos días habían llegado. La espantosa sombra se engrandecía en el pálido horizonte. Como inmensa mortaja dada al viento la bandera conservadora, clavada por la mano temblorosa del traidor, flotaba en el capitolio nacional, y el liberalismo, como el mito cristiano atado á la columna, sufría los azotes del verdugo y sentía en su rostro la saliva del sayón.

Insepultos estaban aún los huesos de los soldados liberales en los remotos campos de batalla; silencio de muerte había en la República y el soplo desolador de la última catástrofe pasaba sobre el suelo asolado de la patria, cuando César Conto,

atravesando el Atlántico, volvió á Colombia á acompañarla en su infortunio, á luchar por ella, á buscar su lote de lágrimas y á caer como bueno y como grande. De bajo las ruinas humeantes salían aún gritos de protesta, y guerreros sobrevivientes lidiaban el último combate sobre los restos calcinados del murallón caído: era el combate de la prensa. A los soldados habían sucedido los escritores, y ellos en aquel silencio de muerte ensayaban aún el toque de llamada sobre aquellas legiones muertas ó vencidas. Ante la espantosa reacción conservadora quisieron ser el escollo y se enfrentaron. La bandera liberal desgarrada en *Humareda* fué clavada por la mano fuerte de Felipe Pérez sobre ese baluarte egregio que se llamó *El Relator*, y César Conto, avanzando por entre los fuegos enemigos, escaló la eminencia é izó el bendito estandarte en la cima de luz de *El Liberal*. Hubo pavor en las filas ultramontanas, y las alas negras de las aves de la noche azotaron el faro incommovible.

La traición triunfante tocó llamada á sus escritores, y vió con asombro que estaba sola. No había uno capaz de medir sus armas con el nuevo paladín. Allí fué Núñez con su frase erizada y rasquera, coloreada por el odio y escrita con sangre fraternal; allí fué Holguín con su estilo truhanesco y su desenfado de pilluelo; Antonio Silvestre con sus invectivas de ebrio y todos esos escritorzuolos

chafallones que han ensayado después su vuelo en la selva de la prensa regeneradora. Nada pudieron.

Acudieron entonces al pontífice, y armado de todas armas como un viejo cruzado vino al combate Don Miguel Antonio Caro. Inteligencia disciplinada pero mediocre; espíritu sin vuelo; ilustración conventual; ahito de latín; entrabado en las formas de su prosa arcaica, el pobre gladiador cayó bajo el peso de su armadura al primer golpe de su contrario.

Sin limpiarse siquiera el polvo de la caída, cobarde y cruel, se refugió en el palacio de San Carlos, á pedir á su amo el castigo de su vencedor, y la pérdida de Conto fué decretada....

Entre dos filas de soldados, enfermo, cuasi moribundo, después de una larga prisión, fué arrojado de la patria el escritor ilustre, que no tenía más crimen que su grandeza y su victoria.

El liberalismo se puso de pie y descubrióse para ver pasar al proscrito silencioso..... La bandera quedaba aún enarbolada sobre el fuerte. Nicolás Esguerra, el gran carácter de la República, la había alzado de entre el polvo y la agitaba sin miedo desplegándola á los vientos del horizonte, hasta que á su turno cayó vencido y grande envuelto en el glorioso pabellón.

*
**

César Conto fué á morir á Guatemala.

Allí, en brazos del dolor y la tristeza, dobló su cabeza poderosa.

Vivir en el destierro es horrible; ¡ morir en el destierro debe ser espantoso!

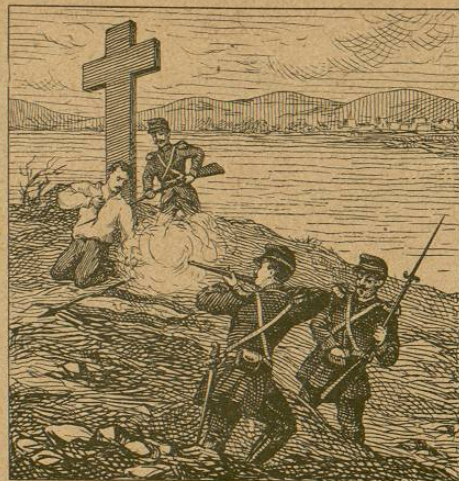
¡ Bardo y proscrito infortunado, cuánto debió sufrir en su agonía! Proscrito, cómo soñaría con su patria; poeta, cómo soñaría con la gloria; patriota, cómo soñaría con la libertad. ¡ Ah, su patria lejos, la libertad perdida y la gloria de la patria envuelta en nubes! ¡ Lúgubre visión!

Así murió aquel que había sido orador, poeta, guerrero y periodista excelso.

Allá duerme en tierra extraña, bajo la sombra de extranjeros árboles y al arrullo de brisas de otros mares.

Allí duerme esperando que en Colombia haya una generación de hombres dignos, capaces de reconquistar la libertad y repatriar los huesos de los libertadores.

Entretanto, bien está así. Mejor se duerme en tierra extraña pero libre, que en la propia tierra siendo esclavo.



EZEQUIEL CUARTAS MADRID
MESSENIANA

Y tú también...

Tú también, joven lidiador, también caíste.

Apoyado en tu espada rota, herido, prisionero, torturado, mirando cara á cara al enemigo exhauste el último suspiro, sin que nada faltara á tu pasión, ni la sangrienta befa del contrario.

Así, joven, esbelto, con el tipo ideal de la belleza heroica te verá la Historia colombiana como uno de esos guerreros jóvenes que caído sobre el escudo, inmortalizó el cincel en las métopas del Partenón.